

tiendo: ¿usted ha hecho algún disparate, eh?

FED. Sí, uno, uno solo primero, que me ha hecho cometer después otros veinte.

FEL. Demasiado es para empezar; pero vamos por orden.

FED. Estoy enamorado, pero...

FEL. ¡Enamorado!

FED. Es de una persona tan superior á mí...



FEL. De sus obras de usted, y eso basta y sobra. Un hombre de bien, un hombre de mérito no necesita para nada un apellido ilustre.

FED. Por más que digas, es una humillación insoportable: todos los jóvenes que concurren aquí afectan mirarme con desprecio... yo no puedo permanecer más tiempo; esta casa se me ha hecho odiosa; he llegado á desanimarme; no sé en qué extravagancias he dado; se ha apoderado de mí una ambición frenética de hacer suerte, de tener bienes; me ha parecido que esta sería una compensación, una especie de mérito; hay tantos que no tienen otro... en fin, con esa necia esperanza he jugado.

FEL. ¡Bah! Siendo joven, estando bien, no hay distancia que valga: ¿y esa persona?...

FED. ¡Ah, si tú supieras!... pero no, no; quisiera podérmelo callar á mí mismo, Felipe: ¿qué cruel es sentirse capaz de distinguirse, y encontrar un obstáculo invencible! ¿Qué puede hacer un hombre que no sabe quién es? Felipe, ¿cuál es mi familia? ¿cuál es mi apellido? ¿de quién soy hijo?

FEL. ¿Ha jugado usted?

FED. Como un loco, como un desesperado.

FEL. ¿Usted, Federico? ¡Ah! es muy mal hecho: no es necesario preguntarle á usted si ha perdido.

FED. Más de lo que puedo pagar.

FEL. Debería reñirle á usted, pero eso será después; tal vez no perderá usted nada en demorarle; acudamos á lo más urgente: aquí está el trimestre, no puede llegar más á tiempo. *(Le da la bolsa.)*

FED. ¡El trimestre! ¡Ah! no basta.

FEL. Mírelo usted bien; creo que ha de haber más que otras veces: la señora me lo ha entregado para usted, encargándome que le echase una peluca, que tiene bien mere-

cidas. *(He acertado en aumentar su pensión.)*

FED. Vaya, siempre lo recibirán á buena cuenta.

FEL. ¡Cómo! ¿A buena cuenta?

FED. Sí; he jugado, he apostado por mejor decir, toda la noche con ese maldito vizconde de Blanca Flor, á quien no puedo tolerar; sola su vista me ofende: me empeñé en llevarle siempre la contraria: me hubiera alegrado tanto de humillar su presunción... pero ha sido al revés; ha tenido una suerte tan sostenida, tan insolente como su facha; he perdido veinte mil reales.

FEL. ¡Veinte mil reales, Dios mío!

FED. Sí, veinte mil reales, que he pedido á mis vecinos, al dueño de la casa... y es preciso pagarlos hoy mismo: ya conoces que no me queda más recurso que el de levantarme la tapa de los sesos.

FEL. ¿Qué dice usted? Tiemblo todo.

FED. Cuando se debe, cuando es forzoso vivir deshonrado, avergonzado, no hay otro recurso.

FEL. Sí, señor, le hay.

FED. ¿Cuál, Felipe?

FEL. Pagar.

FED. ¿Pagar? ¿veinte mil reales? ¿estás en tí? ¿de qué modo?

FEL. No sé, no hay ahorros que basten; pero es preciso pagar.

FED. He buscado á todos los amigos.

FEL. Amigos, ¡ah! cuando se trata de dinero nunca se les encuentra en casa. Sólo una persona puede sacarle á usted del paso.

FED. ¿Quién, mi protectora?

FEL. Es preciso confesárselo todo.

FED. Jamás, amigo mío, jamás; la quiero mucho, pero la temo tanto...

FEL. No importa. ¡Voto va! Vamos, resolución, valor; es preciso pasar ese mal trago: eso le servirá á usted de castigo. Aquí viene precisamente.

ESCENA VII

Dichos, Doña ISABEL. *(Federico y Felipe se retiran hacia el fondo.)*

FED. ¿No me dejarás solo, Felipe?

FEL. No tenga usted cuidado; yo me quedo aquí detrás, como cuerpo de reserva para auxiliarle en un caso. *(Doña Isabel entra distraída sin verlos.)*

FED. No nos ha visto; está distraída, pero tiene una cara tan seria...

FEL. No importa, yo conozco esa seriedad; adelante, sin miedo.

FED. *(Da algunos pasos y retrocede.)* No, no me atrevo; es demasiado: primero sufriré mil muertes. *(Echa á correr hacia su cuarto, y cierra la puerta.)*

FEL. Vamos. *(Mira alrededor y le ve huir.)* ¡Bravo! Escapa, y me deja solo en las astas del toro.

ISAB. *(Viendo á Felipe.)* ¿Eres tú, Felipe? ¿Pareció ya Federico?

FEL. Sí, señora.

ISAB. *(Viendo que Felipe mira á todas partes.)* ¿Qué es eso? ¿Qué tienes?

FEL. Miro si viene alguien *(Se acerca)*: no quisiera que me interrumpieran.

ISAB. ¿Pues qué hay?

FEL. Nada, un pequeño contratiempo, poca cosa. ¡Qué diantre! La juventud es un momento de fiebre que dura más ó menos, y cuando el acceso he pasado, lo cual desgraciadamente suele suceder demasiado pronto...

ISAB. ¿Adónde vas á parar con esos preámbulos?

FEL. En una palabra, señora *(Bajando la voz)*, el chico ha jugado.

ISAB. ¿Federico?

FEL. Sí, señora, ha jugado, ha perdido, debe dinero. *(Así, así, el mal trago pasarle pronto.)*

ISAB. ¿Qué dices? ¿En esa casa donde le vió mi sobrino?

FEL. Era una casa de juego; pero el gran tono, sociedad de alto coturno; es decir, que el chico ha perdido mucho, y ahora, señora, es preciso pagar.

ISAB. ¿Pagar? ¿Tú has creído que yo consentiría en?... ¿Yo contribuir á semejante desarrreglo, pagando una deuda de juego? ¿Darle alas?...

FEL. Sí, señora, veinte mil reales.

ISAB. ¿Y qué me importa la cantidad? ¿Cuándo me has visto reparar en el tanto menos cuanto para hacer bien? Me parece que acostumbro hacerlo con nobleza; pero después de una conducta como esa... No, Felipe, no; estoy decidida, no lo pagaré.

FEL. *(Animado.)* ¿No lo pagará usted?

ISAB. No, señor, no; ¿qué diría mi familia, qué diría todo el mundo si los bienes de los Hurtados de Mendoza no sirviesen más que para enmendar las faltas de un atolondrado?

- FEL. ¿Su familia de usted? ¿El mundo? Le tiene usted demasiado miedo, señora; le ha sacrificado usted ya tantas cosas...
- ISAB. ¡Felipe!
- FEL. No tenga usted cuidado, mis labios no se despegarán; sé lo que he prometido, y lo sabré cumplir; nunca lo olvidaré; pero es preciso que cada uno cumpla con su obligación; acuérdesse usted de que ese pobre muchacho no tiene nadie á quien volverse más que usted; y si usted le abandona, si permite que viva deshonrado, ¡ah! nadie sabe de lo que es capaz; tiene pundonor, no es cobarde... atentará contra su vida.
- ISAB. ¡Dios mío!
- FEL. Sí, está determinado. ¿Qué quiere usted? ¿Qué apego puede tener á la vida? Como me decía él mismo no hace mucho: «Yo estoy solo en el mundo, sin parientes, sin esperanzas... todo lo que tengo lo debo á la compasión.»
- ISAB. ¿Eso decía?
- FEL. Sí, señora, y otras cosas decía también que me hacían saltar las lágrimas. ¡Pobre Federico! Yo le contemplaba, y decía para mí... (*Doña Isabel hace un movimiento para taparle la boca.*) Bien, señora, bien, nada; pero tenía el corazón en un puño... ¡Ah! usted no siente nada de eso... Usted es feliz, y vive tranquila.
- ISAB. ¡Feliz yo! No, Felipe, no lo soy.
- FEL. ¡Bah! Señora... en esos salones rodeada de personas que la respetan á usted, y de una familia que dirige á su placer...
- ISAB. ¿Y crees que en el fondo de mi corazón no siento algo más que eso? Pero yo debo dar un buen ejemplo á todos los que dependen de mí.
- FEL. ¿Cómo? ¿Insiste usted?...
- ISAB. No, no: yo lo pagaré todo, si te lo prometo; pero chitón; ni Federico ha de saberlo.
- FEL. ¿Y por qué no? ¿Teme usted por ventura que llegue á cobrarle á usted demasiado cariño?
- ISAB. No, Felipe; pero mi sobrino pudiera extrañarlo, y llevarlo á mal: ya sabes que es mi heredero.
- FEL. Tanto más motivo para indemnizar á ese pobre Federico mientras que usted viva; además de que no volverá á reincidir en semejante falta. Habrá de contentarse con su pensión, que, aunque no es exorbitante...
- ISAB. ¿De veras? ¿Te parece escasa? Porque en ese caso se le pudiera aumentar.
- FEL. Sí, sin duda; con otro tanto... Además, todos sus amigos tienen caballos, trenes... (*Sorpresa de doña Isabel.*) No, yo no soy exigente, pero me parece que no haría usted nada de más en regalarle un bonito caballo con un criado para servirle y acompañarle.
- ISAB. ¿Y no eres exigente, Felipe?
- FEL. ¡Qué diantre! Mire usted, señora...
- ISAB. Bien, vaya, bien; cómprale ese caballo, lo que necesite; pero sin derrochar, sin...
- FEL. Basta; compraré lo mejor, lo más caro, y cuando usted le vea encima, veremos si le pesa. ¡Oh! el bribonzuelo, ¡si viera usted qué bien monta! Usted, como no le hace caso... pero sin ir más lejos, el otro día en el Prado había unas ciertas señoritas, pero señoritas, del gran tono, que se paraban para verle pasar, y á cada vuelta repetían: «¡Qué aire tan bonito! ¡elegante figura! ¡qué buen jinete!»
- ISAB. ¿De veras?
- FEL. Sí, señora, como usted lo oye; y yo tenía tanto gusto en oírlas, que toda la tarde me fuí insensiblemente tras ellas.
- ISAB. Eso es verdad; tiene una fisonomía muy...
- FEL. Muy expresiva, sí, señora, muy agradable; y si le animasen un poco... si usted de cuando en cuando le dirigiese la palabra con cariño, con predilección... porque la verdad... está usted siempre tan seria con él...
- ISAB. ¡Yo!
- FEL. Delante de usted está cortado, tiene miedo.
- ISAB. ¿Miedo, Federico? ¿A mí?
- FEL. Sí; por ejemplo, ahora debía usted perdonarle esta falta, usted misma hablarle, y... ya veo que usted misma lo desea tanto como yo.
- ISAB. ¿Pero estás seguro de que no vendrá nadie?
- FEL. Nadie, nadie vendrá. Voy á llamarle.

ESCENA VIII

DOÑA ISABEL, FELIPE, FEDERICO

- FEL. Salga usted: ya salimos del paso; esto va perfectamente.
- FED. Es imposible...
- FEL. Vamos, háblela usted, pero con gracia, con despejo.

- ISAB. Federico.
- FEL. (*Empujándole.*) Vaya, otro esfuerzo: más cerca, más.
- FEL. (Yo tiemblo.)
- ISAB. Venga usted aquí, señorito, venga usted aquí: todo lo sé; pero no tenga usted cuidado, no; nada tengo que añadir á lo que usted mismo conoce: por esta vez yo encomendaré esas locuras, pero contando que no perderé el fruto de esta lección.
- FED. En mi vida olvidaré tanta bondad.
- FEL. (*Bajo.*) Perfectamente.
- ISAB. Federico, te suplico que no te hagas jugador.
- FED. Jamás, señora, jamás. (Yo no estoy en mí. ¡Qué bondad!)
- FEL. Se supone que ya no jugará.
- ISAB. No sabes el sentimiento que me darías.
- FED. ¡Ah! no, señora; primero quisiera dejar de existir que darle á usted un sentimiento... y más cuando recuerdo cuántos beneficios he recibido en esta casa, yo que no tenía en el mundo quien pudiera interesarse por mí.
- ISAB. Tienes amigos que no te abandonarán mientras no te hagas indigno de sus favores.
- FEL. Nunca lo será: yo respondo por él.
- FED. (*Besándola la mano.*) Es verdad, nunca. (*Doña Isabel se vuelve para ocultar su conmoción.*)
- FEL. (*Bajo.*) Así, señora, así. (Me parece que yo en su lugar ya le hubiera...) (*Hace el movimiento de abrazarle.*)
- ISAB. ¿Y tus estudios? ¿á qué altura te hallas? ¿piensas en adquirir un nombre? ¿en formar tu suerte?
- FED. Sólo me falta recibirme de abogado.
- FEL. Lo ve usted, señora: ¡abogado!
- FED. ¡Ah! eso no es nada hasta que uno no adquiere reputación.
- ISAB. Dice bien.
- FEL. ¡Oh! eso creo que no es tan fácil; pero, de todos modos, siempre es una bonita carrera encontrarse abogado hecho y derecho á su edad. ¿No es verdad, señora?
- ISAB. No hay duda: conozco abogados que son muy bien admitidos en las casas más principales.
- FEL. Yo lo creo.
- ISAB. (*Observando á Federico.*) (No decía mal Felipe. Tiene una figura muy interesante, un aire muy señor.) (*Se levanta, y le dice á Federico.*) Escucha, Federico: yo pienso en tu porvenir, en tu felicidad. Sólo te pido que no le opongas obstáculos tu mismo con tu conducta. (*Felipe pasa á la izquierda de Federico.*)
- FED. ¡Ah! señora, disponga usted de mí; sería dichoso si pudiera consagrarla mi vida.
- ISAB. Me alegro; es decir que no encontraré ninguna oposición á mi voluntad.
- FED. Suscribo desde luego á perder el fruto de su bondad si vacilo un instante en obedecerla.
- FEL. Yo respondo de él.
- ISAB. Pues bien, en ese supuesto voy á descubrirte mis intenciones; voy á proponerte un medio de empezar brillantemente tu carrera: he pensado colocarte con una rica heredera de diez mil duros de dote: pones tu bufete, y tienes asegurada tu subsistencia.
- FED. ¡Dios mío!
- ISAB. Ya le he hablado muchas veces á su tío: tú le conoces, don Jorge Bustillos: ha aceptado el partido, y creo que... ¿No te alegras?
- FED. Señora...
- ISAB. ¿Qué veo? Esa tristeza... mírame.
- FEL. ¡Cuando se le propone este fortunón deshecho, ese silencio!
- ISAB. Vamos, habla, Federico: puedes oponer alguna dificultad... responde.
- FED. Señora, lo conozco, soy un ingrato.
- ISAB. ¡Cómo!
- FED. Me es imposible aceptar.
- ISAB. y FEL. ¡Imposible!
- ISAB. ¡Estoy admirada! ¿Y qué motivo racional...?
- FED. Ninguno, señora; permítame usted que calle: no puedo decir más; pero es imposible.
- FEL. ¡Qué imprudencia!
- ISAB. ¿Qué dices? Pues yo lo exijo, lo mando: esta boda se ha de hacer.
- FED. Dígnese usted escucharme: conozco que no debiera pagar de este modo sus beneficios; pero permítame usted que los rehuse todos si para merecerlo es preciso concluir una boda...
- ISAB. Enhorabuena, señorito; supuesto que no se puede hacer carrera de usted, yo tomaré mis medidas; tiemble usted mi cólera.
- FEL. Reflexione usted lo que hace.
- ISAB. Déjale: tú te acordarás de este día.

ESCENA IX

Dichos; MATILDE, acudiendo el ruido

MAT. ¡Jesus, tía! ¿Qué sucede? ¿Qué enojada está usted!

ISAB. Me parece que tengo razón para estarlo.

MAT. ¿Con Federico?

ISAB. Sin duda; y usted, señorita, que toma siempre su defensa, no sé cómo podrá disculparle en esta ocasión. ¡Rehusar una boda de esta especie!

FEL. ¡Un dote de diez mil duros!

ISAB. ¡Y una joven muy hermosa!

MAT. ¿De veras, Federico?

ISAB. ¿Y por qué razón?

FED. Y si no me creyese yo libre... si mi corazón estuviese...

ISAB. ¡Cómo! ¿Es por eso?

FEL. Sí, señora, se me había olvidado, está enamorado.

FED. ¡Por mi desgracia! Pero esto no me autoriza para hacer, casándome, la de otra persona.

MAT. Querida tía, á lo menos es hombre de bien, y usted no le puede obligar á...

ISAB. Puedo obligarle á ser racional, sí, señor... acabemos. ¿Y quién es esa belleza que le impide á usted obedecer mis...?

FEL. Responda usted. ¿Quién es?

FED. Permítame usted que lo calle, es mi secreto; nadie lo sabrá; puedo amarla sin delinquir, y sería culpable si la nombrase.

ESCENA X

Dichos, EL VIZCONDE

VIZ. ¿Dónde están ustedes? Todos me han dejado... Te buscaba, prima.

MAT. ¿A mí?

VIZ. Yo, como me duermo cuando estoy sin hacer nada, me divertía en registrar tu cartera de dibujo. ¡Qué países tan bonitos! Estaba acabando ya, cuando de pronto cae á mis pies esta carta cerrada.

ISAB. ¿Una carta?

VIZ. Con el sobre para Matilde.

FED. (*Turbado.*) ¡Es la mía!

ISAB. ¿Qué quiere decir esto?

MAT. Yo no sé, tía. Véalo usted.

FEL. (*A Federico, que se estremece.*) ¿Qué tiene usted?

FED. ¡Soy perdido!

ISAB. Una declaración.

VIZ. (*Leyendo con su tía.*) Firmado: «Federico.»

MAT., ISAB. y FEL. ¡Federico!

ISAB. ¡Qué insolencia! ¡Tiene usted valor!...

FEL. ¡Imprudente!

FED. Todo se ha perdido. ¡Desgraciado!

ISAB. ¿Qué te parece, vizconde?

VIZ. Dé usted alas á estos niños... ahí verá usted.

ISAB. Efectivamente, mi excesiva bondad, mi indulgencia tiene la culpa de todo.

FEL. Señora...

ISAB. Dejádme... este es el pago de mi protección.

FED. ¡Que no me confunda un rayo!

ISAB. Enhorabuena: usted lo ha querido, usted se lo ha buscado; yo he hecho lo posible por atraerle á usted al buen camino, todo ha sido inútil. Basta de sufrimiento; saldrá usted de mi casa.

FEL. ¡Cielos!

FED. ¿Qué escucho!

ISAB. Vizconde, esta es la llave de mi papelerá; extiende una libranza de un año de pensión contra mi banquero.

FED. ¿Piensa usted, señora, que puedo seguir aceptando sus favores?

FEL. (*Bajo.*) Calle usted.

ISAB. Matilde, entra en tu cuarto: Felipe, ven conmigo.

FEL. Señora, hágase usted cargo...

ISAB. Ni una sola palabra quiero oír sobre este particular. (*Vase.*)

FED. ¡Infeliz de mí! Ya está fijada mi suerte: enhorabuena. ¿Qué importa? ¿No estaba ya decidido? Todo el mundo es mi patria; sí, corramos á disponer la marcha. ¡Ah! ¡No he podido hablarla! ¡Matilde! ¡Matilde! Partiré; pero ya que dejo esta casa para siempre, ya que no he de volver á verte, tú sabrás al menos mis sentimientos; tú conocerás el sacrificio que hago por tí.



ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

FEDERICO (*Sale de su cuarto.*)

Pocas horas me quedan de estar en casa; ya no me falta más que dar el último adiós á Matilde; si estará todavía en su cuarto... (*Mirando por la cerradura.*) Sí. ¡Matilde! ¡Matilde! ¡Resolución!

ESCENA II

MATILDE, FEDERICO

MAT. ¡Ah! ¿Es usted, Federico? Perdone usted si después de lo que ha hecho no me atre-

vo á conservar la misma intimidad que nos ha unido hasta aquí, y si en cumplimiento de las órdenes de mi tía evito una conversación que usted ha hecho peligrosa con su imprudencia. (*Yéndose.*) ¡Pobre Federico!) (*En el momento en que va á entrar en su cuarto, Federico pasa á su derecha y la detiene.*)

FED. Matilde, Matilde, dos palabras: por favor.

MAT. (*Junto á la puerta.*) No puede ser.

FED. Yo se lo suplico á usted; óigame usted.

MAT. Ya es imposible: mi tía... el vizconde...

FED. (*Mirando por la puerta del fondo.*) Poco me importa su cólera: sólo temo la de usted... y cuando una sola palabra pudiera disculparme...